

E. MIRET MAGDA LENA

Cerca de doscientas personas asistieron en Salamanca a una Mesa Redonda organizada por editorial Sigueme —una de las más en punta en España— para la presentación de dos importantes libros religiosos: el del rector de la Universidad Pontificia de Salamanca, Fernando Sebastián, y el del decano, Olegario González de Cardedal.

Se llaman, respectivamente: "Antropología y Teología de la Fe Cristiana" y "Elogio de la Encina".

El primero trata de la fe, y el segundo, en 567 páginas de apretadas reflexiones en un lenguaje excelente, pero un poco germano, medita este teólogo acerca de la fidelidad del que tiene fe religiosa.

La Psiquiatría ha engendrado en nuestros tiempos la Anti-psiquiatría. Pero los creyentes todavía no hemos respondido con suficiente valentía a la estructura conformista e insuficiente de la Teología con una Anti-teología que yo considero imprescindible. Forzando un poco las cosas, allí en Salamanca componíamos la Mesa Redonda: cinco teólogos, un filósofo y un aprendiz de anti-teólogo. Los sacerdotes Alberdi, Castro Cubells, Martín Velasco y los dos autores del libro eran el ala teológica. El profesor Cruz Hernández representaba el ala filosófica. Y a ellos me juntaba yo, con mi crítica anti-teología.

Alberdi y yo hicimos bastantes preguntas, de las cuales una buena parte estaban contestadas en los libros, pero otras no. La lástima fue que el moderador, Castro Cubells, con su finura intelectual, no dejó plantear a pecho descubierto algunos de estos interrogantes que hicimos y que hubiésemos deseado que los autores contestasen más directamente.

Hoy me quiero referir especialmente al libro de Fernando Sebastián, que comienza con dos confesiones importantes para un clérigo que, como tal, ha tenido que vivir muchos años inmerso en las pretenciosas y abstractas estructuras mentales eclesidásticas. La primera es decir modestamente "no haber conseguido todavía una visión renovada de la teología de la fe, tal como la necesitan los jóvenes creyentes, los hombres que la buscan o menosprecian y los ministros que deben anunciarla a unos y otros". La segunda confesión es que hoy a todos los hombres que queremos vivir con un po-

co de amplitud y profundidad la vida, "nos cuesta creer".

Estamos en plena crisis de eso que en nuestros catecismos manuales de enseñanza religiosa y libros de teología se ha llamado fe. Una fe que era adhesión meramente intelectual a un jeroglífico incomprendible, como han propugnado hasta ahora los conservadores de todos los tiempos, que concebían la fe como un acatamiento ciego a unas fórmulas abstractas que nos venían no sabíamos de dónde. Así se nos explicaba el misterio de la Trinidad, o la Divinidad de Jesucristo, o la otra vida. Pero a aquellos conservadores les han sucedido los progresistas que, clérigos sobre todo y teólogos

LA FE EN NUESTRO PAIS

muchos de ellos, nos presentan ahora esa fe de fórmulas exteriores con un ropaje y unas palabras mucho más modernas y propias de la cultura —mejor o peor asimilada— de nuestro tiempo. Al final, lo mismo; sólo que lo anterior estaba anticuado, y lo actual se encuentra modernizado. Si antes se describía la Iglesia como una pirámide clerical en la cual el clero estaba en el vértice superior y los fieles quedábamos en la base inferior sin voz ni voto, actualmente nos conformamos con otro esquema exteriorista que adquiere los tonos de una pseudo-democracia. Si antes la creación del mundo se concebía como lo podría hacer un niño que considerase a Dios como el gran Mago que se sacó de debajo de la manga un día los astros, otro el mundo vegetal, otro los animales y por fin el hombre, hoy, en cambio, tomamos la evolución darwiniana como el esquema religioso de la creación, sin saber que si ayer era provisional la teoría fixista, también en el futuro la evolución darwiniana habrá de sufrir cambios sustanciales que nos acerquen mejor a la verdad del proceso del mundo.

Identificar la fe con estos conceptos culturales es de una ingenuidad de tristes consecuencias, porque nuestra fe la

hemos hecho depender de los vaivenes de la cultura siempre cambiante.

Lo mismo pasó con la justificación racional de la fe. Cada poco tiempo inventamos nuevas razones, dependientes de la provisional ciencia de la época (aunque siempre con un retraso de bastantes años), y cambiamos de motivos racionales como la moda de los trajes cambia cada pocos años. Y esto, suponiendo que no se nos suministrase, como ocurría la mayor parte de las veces, una "metafísica de pacotilla", como asegura con razón el filósofo católico E. Gilson. Por eso, los creyentes así educados estábamos y estamos envueltos en una de estas dos cosas: o en un conformismo que no quiere plantearse ningún problema, o en un peligro constante de crisis de creencia que frecuentemente es definitiva, haciéndonos tirar el inservible ropaje con que se han expresado nuestras doctrinas religiosas, ropaje que creemos que es lo único que contienen estas doctrinas. O también vacilando constantemente los fundamentos de esa fe tan mal expresada, y que se planteaba como un misterio absolutamente incomprendible, pero con un fundamento racional aparentemente evidente.

Las dos preguntas que tenemos que hacernos ante este claro, cartesiano y sincero libro de Fernando Sebastián son las siguientes: 1) ¿Qué es la fe?, y 2) ¿Cuál es el fundamento verdadero de la fe cristiana?

A estos dos interrogantes contestaré en otros artículos. Pero hoy hemos de darnos cuenta de dos cosas decisivas: el derecho y el deber que tiene la juventud de hacer una decisión personal acerca de la fe y el deber de los maduros en edad de respetar totalmente esta decisión, que algunas veces les parece cruda o precoz, pero que no lo es porque hoy la psicología juvenil no está tan infantilizada como ellos creen y como lo estuvo en generaciones anteriores. Y, además, hemos de aceptar la gran realidad de la increencia de muchos, ya que "en nuestras sociedades llamadas cristianas hay muchos que ya no son cristianos y quizá ni puedan serlo". De ahí que "la fe cristiana se hace cada vez más difícil y, por tanto, más minoritaria": eso es lo primero que hemos de reconocer con sincera modestia los creyentes que todavía existimos.